

rigirles preguntas y para investigar su voluntad, necesitaban los romanos, y en general los itálicos, la cooperación de hombres expertos y dotados del privilegio de comunicación con los dioses. Dos clases de personas de este género existían en Roma antes de que se conocieran en ella los arúspices de los etruscos. Los seis augures entendían el lenguaje de los dioses, expresado por medio del vuelo de las aves, y habían sentado para esto principios científicos: en ellos descansaban los auspicios, sin los cuales no se emprendía en Roma cosa alguna de importancia, pues se les consideraba como una consagración de los dioses; la escrupulosa puntua-



Vestales

lidad y probidad en la observancia del ceremonial establecido, cuyo incumplimiento podía traer consigo la invalidación de las negociaciones entabladas bajo falsos auspicios, debía obligar asimismo a las divinidades. Los augures solo podían dar a conocer los auspicios cuando el servicio ó los magistrados romanos lo exigían, porque solo estos, y no los augures eran, al decir de los romanos, los que poseían los auspicios. En cambio, los seis pontífices, «los conocedores de las cosas divinas y humanas,» los que poseían el secreto de las medidas y de los números, debían dirigir las Calendas, en las cuales vemos el origen de la crónica del Estado por ellos escrita: debían, además, avisar al pueblo los días de novilunio y plenilunio y los de fiesta, y por tanto cuidar de que el servicio de los dioses y los negocios judiciales se efectuasen en días hábiles. Como su colegio era el que debía dar su aprobación sobre los días jurídicos y sobre las preguntas religiosas, de aquí que fuese tradicional en ellos el conocimiento de los procesos y de las cuestiones jurídicas; y como se dedicaban con preferente atención al servicio de las divinidades romanas, de aquí que gradualmente fueran conquistando la vigilancia suprema de las mismas y de todo aquello que con ellas se relacionaba.

Por último, el colegio de los veinte feciales cuidaba de mantener y hacer observar los tratados firmados con las comunidades vecinas; de decidir en caso de que fueran viola-

das sus disposiciones, de intentar cuando era preciso, una reconciliación y de cooperar a la declaración de guerra.

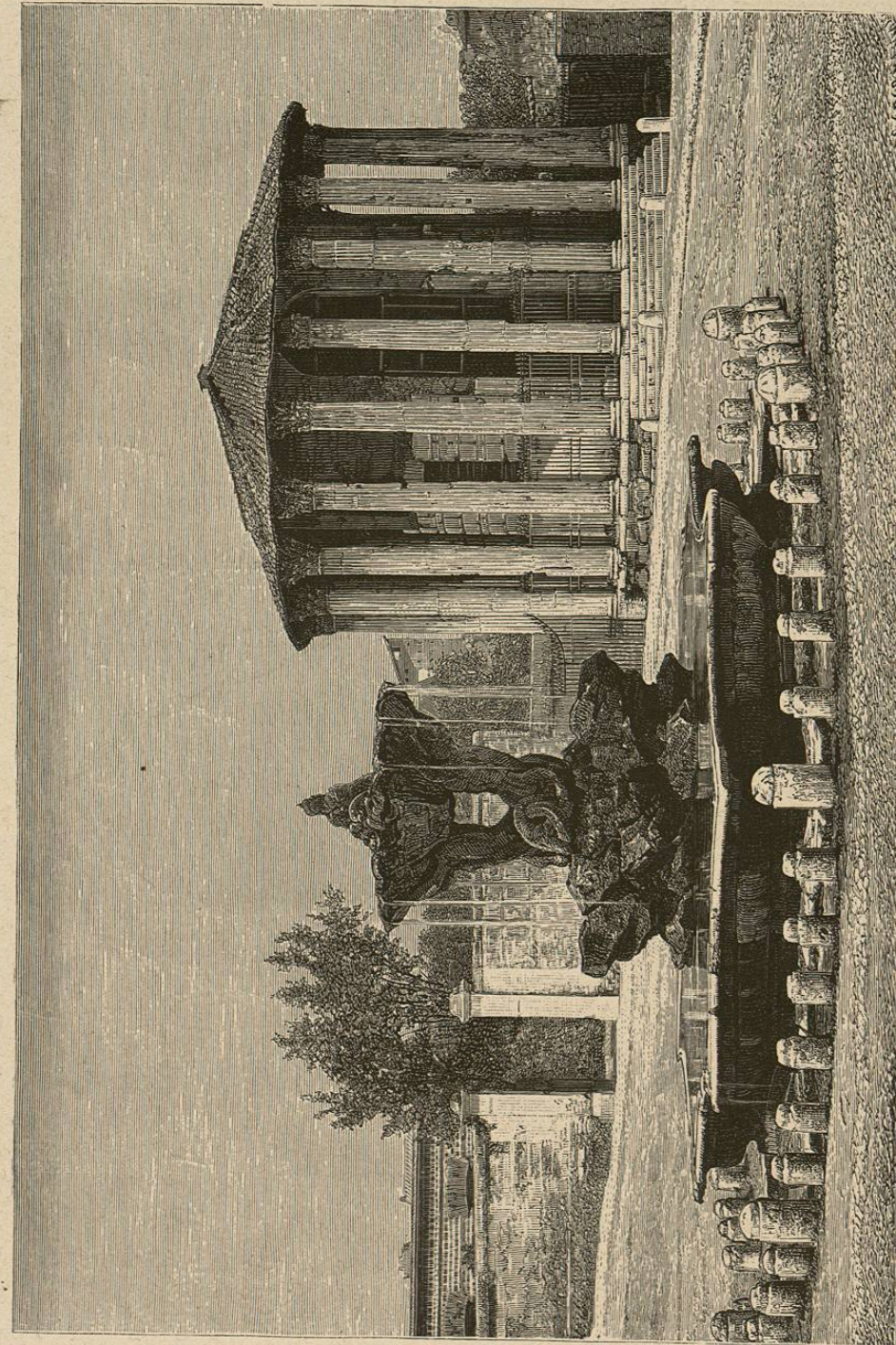
Antes de que en Roma se admitieran las divinidades griegas y su culto, de entre las cuales Heraclio ó Hércules y los Dioscuros alcanzaron pronto gran popularidad, y a las cuales no tardaron en seguir el Baco helénico, Plutón, dispensador de las riquezas, y Perséfone ó Proserpina, habiéndose ya aclimatado en Roma los oráculos griegos, y hasta las consultas al Apolo délfico. También adoptaron los romanos el sistema griego, según el cual los dioses eran adorados en templos y en imágenes, en vez de los símbolos que antiguamente los representaban; así Júpiter estaba representado por la piedra, Marte por la lanza sagrada y Vesta por el fuego, verificándose los actos del culto en altares y sitios consagrados.

X.—CAIDA DE LA MONARQUÍA. GUERRA DESPUES DEL DESTRONAMIENTO DE LOS TARQUINOS

Bajo otro punto de vista se relacionó, por último, Roma con el antiguo desarrollo de los helénicos; nos referimos a la destrucción de la monarquía. Los cambios de constitución, que durante el siglo octavo antes de Jesucristo hemos observado en varios Estados griegos, se verificaron también entre los rasenas y los latinos, y los mismos romanos acabaron por seguir su ejemplo, lo cual ocurrió según la cronología comúnmente admitida cuando en la Baja Italia llegó a su apogeo la sangrienta enemistad entre los pitagóricos de Crotona y Sibaris, cuando la antigua comarca de los helenos derribó la tiranía de los Pisistrátidas, cuando las tropas del rey de Persia sentaron sus reales en la mitad septentrional de la península de los Balkanes, y cuando, finalmente, comenzaba a prepararse el choque que después había de ocurrir entre los Aqueménides y los atenienses.

La tradición romana nos dice que la última dinastía de los reyes de Roma fué derribada por una revolución, y cae en la contradicción de pintarnos el gobierno del último rey, Tarquino el Soberbio, con los colores más brillantes a la par que con los más sombríos. A medida que fueron en aumento las fuerzas del Estado, el gobierno se fué convirtiendo poco a poco en tiranía. Este Tarquino que debió la corona a un crimen, unió los rasgos brillantes de la antigua tiranía, con los severos de la nueva; a consecuencia de lo cual, los patricios y los plebeyos, que tenían contra él grandes motivos de queja, se unieron en su odio contra el monarca. El haber atentado un hijo de este contra el honor de una romana, hecho que vemos reproducirse en Italia durante la Edad media y el período del Renacimiento, fué la ocasión determinante de la revolución, que estalló en 510 ó en 509, y al frente de la cual se pusieron dos parientes del rey, Lucio Junio Bruto y Lucio Tarquino Colatino. Pero la nueva república hubo de sostenerse venciendo grandes dificultades, así interiores como exteriores; y el destronamiento de la casa real, y con él la destrucción de la monarquía, no pudieron llevarse a cabo sin la tenaz resistencia de un fuerte partido que, aun después de destronado el último rey, soñaba en una restauración, partido que, finalmente, con toda la familia de los Tarquinos, a excepción del rígido Bruto, pero incluso el mismo Colatino, tuvo que salir de Roma.

Grandes peligros amenazaron también, desde el exterior, el nuevo orden de cosas. La tradición refiere que los Tarquinos desterrados intentaron entrar de nuevo en Roma, apelando al medio de la guerra, y nos da cuenta de tenaces luchas que los romanos hubieron de sostener, después de haber introducido la constitución republicana, a causa de las tentativas de restauración hechas por Tarquino. De suerte que sólo después de largas y costosas campañas, pudo por fin



Templo de Vesta en Roma

asegurarse la república. La muerte del último rey, que vió morir á todos sus hijos, acaecida en 495 en Cime, corte del espléndido tirano griego Aristodemo, en donde se habia aquel refugiado, puso término á los peligros de una restauracion.

La historia tradicional de Roma desde el primer levantamiento contra la monarquía hasta la muerte del último rey, nos ofrece una animacion verdaderamente dramática. Este periodo de la llamada historia lleva impreso el carácter legen-

dario y ofrece á la investigacion los mas difíciles problemas. Nosotros, sin embargo, no trataremos por ahora de resolver la duda que se ha suscitado acerca de si la constitucion de la naciente república tuvo, especialmente en un principio, el carácter con que nos ha sido descrita.

Está fuera de toda duda que la república sostuvo largas luchas con la dinastía derribada, teniéndose, asimismo, por seguro que muchas de las difíciles guerras que la tradicion atribuye á aquella época, fueron promovidas, en su mayor



Restos del templo de Saturno

parte, por los pueblos vecinos enemigos de Roma, y no en interés de los Tarquinos. Dos de estas guerras tienen verdadera importancia: una de ellas es la que sostuvieron los romanos con el poderoso caudillo de los rasenas, el Lar Porsena de Clusium, quien, probablemente en 507, arrebató á Roma una parte de sus fronteras, especialmente en la orilla derecha del Tíber, y despojó al Estado romano de la independencia de que gozaba. Esta guerra terminó con la derrota (506) que las tropas de Aristodemo de Cime causaron á los etruscos delante de Aricia, cuando estos en una nueva irrupcion penetraron en el Lacio. La segunda de estas dos guerras fué la de los latinos que sacudieron la hegemonía romana y se declararon independientes: la gran victoria conseguida por los romanos junto al lago Regilio, lucha á la cual debieron estos tan solo la introduccion de la dictadura, y, segun la leyenda, el auxilio de los Dioscuros (496), y en la cual perecieron todos los héroes de esta época de transicion, no pudo resta-

blecer la antigua alianza con los latinos. Todo esto prueba que el establecimiento de la república, como veremos mas adelante, y la introduccion del gobierno aristocrático, solo pudieron conseguirse á costa de grandes sacrificios y de considerable pérdida del poder exterior del Estado.

La tradicion arquitectónica atribuye al periodo de transicion que media desde la caída de la monarquía hasta la muerte del último Tarquino, la construccion del templo de Saturno (501), el dios chthónico de la siembra: este santuario, alzado en un extremo del *Forum*, en la montaña del Capitolio, fué despues embellecido, restaurado y destinado á tesoro público. Tambien atribuye la tradicion á este periodo la ereccion del templo de Cástor, es decir, de los Dioscuros, cuya construccion se comenzó despues de la batalla del Regilio, y que fué consagrado en el año 485 antes de Jesucristo y restaurado por el principe Tiberio en el año 6 de la era cristiana.